





## **Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

*A los sanitarios, con admiración y agradecimiento.*

**Jose Manuel Balboa**, Prólogo.

**Beatriz Navarro**, Beatriz.

**Luisa López**, Luisa.

**Maria Luisa de León**, Marisa.

**Pablo Hernanz**, Pablo.

**Fuencis López**, Óscar.

**Luis Mendoza**, Dr. Luis Ángel.

**Martín Serrano**, Jaime, ilustraciones

**Maribel Sebastián**, Michelle.

**Javier Angulo**, Javier, coordinador.

**Arturo Ibáñez**, Arturo, coordinador.



# Ciudad sitiada

## Cuando todo pase

Dentro un tiempo, cuando todo pase, nos será difícil recordar estos días tal y como fueron. Exageraremos o simplificaremos, quizá sin querer, nuestras historias y hablaremos de las personas que pasaron sus últimas horas sin nadie conocido alrededor, de la ansiedad por no poder salir a la calle, del egoísmo de unos, del altruismo de otros... pero olvidaremos que, durante aquella cuarentena, seguíamos enamorándonos, enseñando a nuestro hijo a dar nuestros primeros pasos, estudiando para unas oposiciones... por eso estos relatos son distintos, ni mejores ni peores, pero si distintos en cuanto a que están escritos en el ojo de la pandemia, cuando la ficción no ha superado del todo a la realidad y ésta es demasiado dura como para resistirse a convertirla en ficción.

Cuando todo pase, lo contaremos de mil maneras, pero la verdad es que, seguramente, nadie volverá a recordar que hubo días en los que, a la vez, nevaba, llovía, se nublaba el cielo y salía el sol.

## ***La llegada***

Aterrizamos sin incidencias después de un largo viaje. El avión venía casi vacío y los pasajeros salimos con prisa por estirar las piernas tras tantas horas de reclusión. Las azafatas nos sonrían detrás de un aséptico tapabocas... Yo regreso a Madrid, mi ciudad, ahora invadida por el Covid 19, virus especialista en matar a gente mayor...

Cruzo por los amplios y ahora silenciosos pasillos. Los cafés y las tiendas están cerradas. No hay familias, no corretean los niños. Echo en falta el movimiento y la alegría de otros regresos.

Mientras espero el equipaje siento escozor en la garganta... Trato de aguantar, pero al fin estornudo. Los pasajeros cercanos se alejan asustados. Hay mucho silencio. Quiero que salgan pronto las maletas, estoy cansado.

Marisa pasea inquieta por la zona de salida de viajeros en el aeropuerto, donde apenas cuatro o cinco personas se mueven con preocupación. Todos evitan proximidad entre ellos, y sus gestos transmiten desasosiego.

Una señora de marrón de aparente edad madura llama su atención. Anda con pasos acelerados y los tacones de aguja parecen predisuestos a patinar. Como intuía Marisa la señora resbala y se cae al suelo. Su reflejo instintivo es socorrerla,

pero la señora se levanta rápida, malhumorada, colocándose con cuidado su chaqueta marrón. Después se retoca el cabello mientras la increpa nerviosa:

– No necesito ayuda. No se acerque a mí. ¡Puedo estar infectada!

Luego sigue refunfuñando entre dientes:

– Sólo faltaba que le contagiara yo el virus a mi Arturo.

Sorprendida Marisa le pregunta guardando las distancias:

– Perdona señora, espero a mi padre que se llama Arturo. Hay pocos viajeros en este vuelo, ¿será posible que esperemos a la misma persona?

No hay respuesta. Las puertas que separan la sala de espera de la recogida de equipajes se abren y aparecen los primeros pasajeros.

Salgo. Doy un rápido recorrido con la mirada, buscándola.

Marisa, madre de mis tres nietos viene presurosa a mi encuentro. Sonríe... parece nerviosa. Abro los brazos feliz, pero ella se para manteniéndose a distancia y dejando mi intento de abrazo en el aire.

– Papá, seamos prudentes, el virus mata a los mayores. ¡Tienes setenta y ocho años!

No tengo respuesta. Trato de sonreír. Vuelvo a recorrer con la mirada la espaciosa sala. Cambio de tema:

– Creí que no vendrías, te suponía presa de la histeria colectiva.

- Pues ya ves, aquí estoy -responde-. Lo he decidido a última hora, eres mi padre, aunque te comportas como un jovencuelo insensato. No era el momento de ir a Méjico, ya sabes mi opinión. Pero vamos, démonos prisa, quedé en llevarle a Beatriz un maletín con ropa para cambiarse y se hace tarde.

Coge mi maleta y echa a andar mientras me cuenta que mi nieta, que trabaja en la Paz, está ahora a plena dedicación debido a la epidemia y que ni siquiera vuelve a casa por la noche... Tienen tantos pacientes, dice, que han habilitado el edificio de consultas externas para atender a los enfermos del Covid-19... Yo la sigo casi sin resuello y dolido por su comportamiento tan frío. No me callo, necesito decírselo.

- Hija, no podía esperarme esta acogida por tu parte. Creo que es la primera vez que me niegas un abrazo.

- ¡Abrazos...! No sabes lo que dices, papá ¿Qué pasaría si soy positiva?  
¡Tú no sabes de qué va esto, no te has tomado en serio la pandemia!

- ¿Pandemia...?

- Sí, papá, y muy peligrosa. Viajar ha sido una irresponsabilidad. Ahora tendrás que permanecer recluido en tu redil, a todo viajero se le exige hacer una cuarentena, así que eso es lo que te espera. Pero no te preocupes, ya me he encargado yo de preparar todo lo necesario.

Paro un momento agobiado. Parece que soy un especialista en crear problemas.

- Vamos, papá... no te entretengas, ¿Buscas a alguien?

- No, solo pensaba. Y te entiendo, quizás soy carne de cañón.



## ***Los hijos de Marisa***

### ***Beatriz (25), doctora en Urgencias. Hospital La Paz***

Soy Beatriz Martínez, médico de urgencias en el hospital de La Paz. Este trabajo nunca ha sido fácil, siempre te vas a casa pensando si podrías haber hecho más, si tenías derecho a mentirle a esa mujer que te cogió la mano con terror antes de sedarla, preguntando si iba a despertar, cuando lo más probable era que no, como ha sucedido, como sucede tantas veces.

Es un trabajo duro física y emocionalmente para el que nunca se está suficientemente preparada, yo al menos no lo estaba, y menos para lo que ahora nos ha caído encima con esta plaga. Es el infierno, o lo más parecido que puedo imaginar: personas mayores luchando para que a sus pulmones llegue algo de oxígeno, más muertes que nunca en el departamento, cadáveres que tardan en retirar... Ni los médicos estamos a salvo del virus, aunque debemos actuar como si no nos afectara, como si no hubiera riesgo. ¡Por favor, Dios, que no me toque, que me queda aún mucha tarea por delante!

Hoy ha sido un día para olvidar, ni sitio donde poner los pies en el pasillo, la gente tirada por el suelo, todos mirándonos con ojos de me voy a morir, y algunos muriéndose de verdad, como esa pobre chica que ha entrado en parada cardiorrespiratoria mientras la sacaban de la ambulancia. Me ha tocado a mí, todavía me duelen los brazos, pero nada que hacer. Yo que estaba tan orgullosa

de que me cogieran en La Paz, la única de mi promoción, y ahora esta pesadilla, miedo me da contagiarme o contagiar. Creo que no debería ir a casa, podría hablar con Mary y quedarme estos días en la suya, hoy llega el abuelo que estaba en Méjico y sería arriesgado que vaya yo soltando virus. Le dijimos que no viniese, pero él ni caso, tan cabezota como siempre, y mamá fue incapaz de imponerse. No lo reconocerá jamás, pero psicológicamente quedó bastante tocada después del divorcio...Papá no se portó bien, al parecer ni antes ni después. Hombres, siempre los hombres...

***Javi (22), Licenciado en Literatura, prepara oposiciones***

Lo peor de una sociedad ignorante es la soledad de no poder compartir (al menos en el diálogo cotidiano) las ideas críticas que uno tiene, que en el fondo son las buenas ideas, o mejor dicho, las ideas verdaderas, o más adecuado: las ideas claras y distintas. Si como repetía incansablemente nuestro maestro Gustavo Bueno pensar es siempre pensar contra alguien, yo esta vez necesito pensar con alguien. Pero ya no temo a la soledad, lo que temo es mi ausencia de generosidad ante mi enfado. Pero nunca me lo ponen fácil, ni a mí ni a ningún ser sensible. Hoy por ejemplo, me ha vuelto a tocar ir a comprar, casi todo caprichos: licor, champaña, galletitas para el té, pacharán... ¿Mi madre se piensa que esto es una fiesta o qué? Pero esto no es lo peor. Lo peor estos días es que con tanto ruido mediático e ideológico me es prácticamente imposible concentrarme en mis oposiciones. Aunque esto es un problema que viene de antes. Conseguir documentación no es fácil, pero en el fondo eso me importa un pimiento, lo que de verdad me importa es la filosofía y la política. ¿Pero es que nadie se da cuenta de que España corre el peligro de la balcanización, y más aún con la tremenda nueva crisis económica que se avecina? Pues no, parece que casi nadie se da cuenta. La clase media nunca aprende...

***Jaime (20), Último año EDU. Erasmus en Berlín.***

La gente está como loca. Yo nunca había visto nada así, en los 20 años que llevo en este mundo. Que no es mucho, pero desde luego que esta situación nos sorprende a todos. ¡Lo que me repatea es que los problemas hayan tenido que venir en mitad del mejor año de mi vida!

Un año en que por fin, estaba lejos de todo: de mi madre, de las explicaciones, de Laura, de mis antiguos amigos... ¡y en Berlín, la capital de las fiestas! Todo apuntaba a que sería un año épico y ha tenido que venir a joderlo un ser microscópico. Igual no estaba yo tan lejos después de todo.

Y, además, de manera estúpida. Una enfermedad que sólo mata a gente que se la llevaría igual una brisa de aire. Todo esto va más allá de lo exagerado. Yo creo que esto lo ha introducido EEUU para crear otra crisis económica, sinceramente. Pero claro, me dicen que estoy loco.

Aunque lo cierto es que aquí se está cancelando todo. No hay ningún evento a la vista, se está cancelando todo para los próximos meses, me han cerrado hasta el club de tenis. Y mi madre no para de insistir para que vuelva. No, si encima va a tener hasta razón...

Y no quiero volver. Tenía algo grande entre manos aquí. Así que, ¿qué hago, recular o escapar hacia delante?

## ***De Barajas a Lavapiés***

– Bueno papá, cuéntame, cómo te ha ido el viaje.

Pues... no sabría decirte exactamente. Hubo un momento en que creí ser un personaje de película, incapaz de saber cuál era mi papel. Los viajeros cubiertos con mascarillas. Hasta la azafata, que por cierto, adivinaba preciosa, me sonreía con sus ojos verdes, pero igualmente enfundada.

-- Ay papá, siempre serás el mismo, y conste que admiro tu buena disposición al humor y la ironía, pero debes tomarte en serio lo que es una verdadera tragedia. Entra en el coche por la parte de atrás y no te acerques demasiado, pues soy un posible positivo y no me perdonaría contagiarte. Como verás las calles de Madrid están desiertas. Esto es muy serio papá. La gente se muere. Tu nieta Beatriz me preocupa, ya sabes, ella siempre tan responsable, sobrepasada por las terribles circunstancias. Enfermos que demandan su atención, y ya no tiene fuerzas para atender a todos, además falta el material necesario. Cada día es un caos.

-- Perdona, no quería pensar que la epidemia alcanzara tales proporciones. La muerte de una sola persona sería suficiente para que fuera una desgracia.

Si papá, ahora lo que siento es que tendrás que estar sólo. Cuando te asomes a la terraza sólo veras desolación. Lavapiés, nuestro barrio, tan dinámico siempre, ahora está triste, pero las hojas nuevas de los árboles, de un verde intenso, han comenzado a nacer, la primavera despierta, y es algo que desde tu ventana

podrás disfrutar. Hemos llegado, sal del coche, papá, y mantente alejado de mí. ¡  
¡Vamos! No te despistes, tengo mucha prisa. ¿Qué miras?

-- Perdona hija, qué extraño las puertas cerradas de nuestros vecinos, sus  
pequeños negocios. Ese restaurant... ¡Tan elegante!, ahora cerrado.

¡Ah, sí! Tiene estilo, aunque, es muy pequeño. No lleva en el barrio mucho  
tiempo. Parece que dentro se enciende una luz. Mira, alguien quiere saludarte.

-- Sí, es posible, conozco a muchas personas.

Ahora papá, yo subiré primero en el ascensor con el equipaje que dejaré en tu  
casa. Luego lo harás tú, y no dudes en avisarme de cualquier problema, por suerte  
vivimos muy cerca. Como te dije, tienes de todo, excepto bebidas alcohólicas. Sé  
que te bastas para cocinar, pero como yo tengo que guisar para todos, pues te  
pasaré los alimentos más elaborados. Aunque deberás lavar tu ropa, eso sí, pero  
yo te la plancharé. Hasta que me reincorpore al trabajo intentaré seros lo más útil  
que pueda, sobre todo atendiendo a Beatriz y a Javi, que necesita estudiar.

-- ¿Y qué sabes de Jaime?

-- Pues también me tiene preocupada, Berlín no está ahí al lado, aunque él está  
bien. Jaime es como tú, papá, de carácter activo y alegre, pero ahora dice que le  
vendría bien que le ingresara algo de dinero.

-- Eso está hecho, yo se lo ingresaré.

Está bien papá, pero ya seguiremos hablando, subo primero y dejare el equipaje  
en tu casa, y yo me quedaré en la mía.

## ***Hospital La Paz.***

### ***Dr. Luis Ángel (30).***

Creo que no debo dejarme llevar por los nervios. En este momento hay cosas más importantes, como por ejemplo los dramas que encuentro a diario en mi trabajo. No sé cómo vamos a poder salir de ésta... No hay medios ni infraestructura. La sanidad está desmantelada desde hace tiempo, pero es ahora cuando se ha hecho patente. Lo veo todo muy negro y desearía que sólo fuera una pesadilla. Pero por desgracia, no es así. Y para colmo Beatriz sigue ignorándome. No sé qué puedo hacer para que se dé cuenta de que no puedo vivir sin ella. Le ayudo, la mimo, me adelanto a sus deseos, le transmito amor, pero no hay respuesta. Sonrisas de colega, pero de ahí no pasa. A veces pienso que no se entera, pero otras me digo que lo que pasa es que no quiere enterarse. Y estos días necesito su apoyo más que nunca, me siento tan cansado, hundido, sin ganas de luchar.

### ***Oscar (25) Enfermero.***

Cómo se ha complicado todo. En muy poco tiempo se ha vuelto la vida del revés. Mi madre me dice que evoluciona favorablemente, ¡menos mal! Aunque no puedo visitarla y eso a pesar de que soy sanitario. He estado muy preocupado, pero espero que pronto pueda salir de aquí. Lo más duro es no estar con los seres queridos cuando están enfermos, he podido comprobarlo en mis propias carnes. Yo que tanto me quejaba cuando los familiares se ponían pesados... Esta

situación nos enseña muchas cosas. Yo creo que hay que tener fe en todo lo que para cada uno sea sagrado. Sin duda los días malos pasarán y volveremos a ser felices.

Lo que no puedo evitar son los sentimientos, hay que dejarlos que fluyan. Sea como sea yo sigo enamorado de él, no puedo evitarlo y además estoy dispuesto a proclamarlo a los cuatro vientos, le pese a quien le pese. Mañana mismo voy a dar el paso y todo se sabrá. Solo de pensarlo ya me estoy quedando mucho más tranquilo. Así ha de ser.





### ***En la residencia (1)***

#### **Luisa (81)**

Quiero ser optimista, pero viendo las noticias que aparecen en la tele esto parece el fin de nuestra generación. ¿Tú qué opinas Pablo? Tampoco hace falta que me des la razón, pero debemos dejar el miedo. Mira mi hermano Arturo, con este desastre, se ha cogido el avión y vuelve. Supongo que es por su hija y sus nietos.

Qué dices ¿te encuentras bien? Vale, vete a descansar, que tenemos que celebrar tu cumpleaños. Y ten cuidado, no te pares con nadie, que aquí en la sexta ya tenemos infectados, alguno parece que bastante mal, estaban pensando en llevarlo a La Paz, pero faltan camas y aquí nos los dejan. Mejor sube andando despacio y evitas el ascensor.

Yo me quedo con María viendo las noticias. Madre mía, el aeropuerto está desolado. A veces sería mejor tener menos información. Tienes razón, María, estamos en el epicentro del conflicto, una cerilla y explotamos. En las residencias estamos las personas vulnerables, aislados, nadie pueden visitarnos, es todo tan triste... Fíjate, yo no podré ver a mi único hermano, que acaba de llegar de EEUU, bueno todavía no sé si ha aterrizado, a ver si llama. Menos mal que tengo a Pablo, el pobre se desvive por mí, pero estos días le veo tan apagado... Creo que es por su familia no sabe nada de ellos, son más descastados.

Bueno María me voy a descansar un rato, que parece que me duele la cabeza.



**Pablo (81).**

Esta mañana me levanté más despejado que de costumbre. Menos espeso. Son ya 10 los días transcurridos del estado de alarma por el coronavirus.

Miro las calles desiertas desde la ventana de la residencia geriátrica donde vivo. ¿Dónde vivo? Mejor preguntarse dónde consumo el último tramo de mi vida.

Hoy cumplo años. Tengo ya 75. Bueno, no. Precisamente esos 75 años son los que ya no tengo. Tendré que celebrarlo, aunque, cuando te sientes solo y defraudado, estas efemérides no tiene sentido celebrarlas.

Y no me sobran los días. Hoy, mi vida parece que es interminable. En cambio, otras veces se me hace corta y fugaz.

Qué deseos tenía en la adolescencia de cumplir más y más años. En cambio ahora, cierro los ojos tomando el sol en el mes de abril, en una terraza del paseo de Recoletos frente a mi cervecita y mis patatas fritas, y cuando los vuelvo a abrir ya están adornando la calle para las fiestas de Navidad.

¿Qué será ese ruido? Parecen gritos sofocados y gente corriendo. Voy a ver qué pasa. Por aquí no se ve nada, iré al pasillo central de la planta.

¡Qué raro, hay militares! Serán de la UME, y discuten con Puri, la enfermera en prácticas. Mejor ni me acerco. Vaya, están sacando una camilla de una habitación, parece un cuerpo envuelto en una funda de plástico. ¡Dios mío! Lo llevan al ascensor. Un militar me aparta bruscamente y me ordena volver a la habitación.

El ambiente está muy crispado, también se oye jaleo en los pisos inferiores. Comienzan a abrirse puertas y aparecer residentes. Me dicen que Puri había dado instrucciones para que todos permanecieran en sus en sus habitaciones y las mantuvieran cerradas.

Está claro que ha sucedido algo grave, comienzan a formarse corros. Todo se llena de quejas, sollozos y muestras de dolor. Siempre ocultan a los muertos, pero esta vez parece más grave. Tengo que enterarme.

Pienso en Luisa, mi compañera de risas, secretos y confidencias, la dejé viendo las noticias. Bajo a la planta inferior para ver cómo se encuentra y para informarla. Los celadores me impiden el paso. Es hora de limpieza general, dicen. No es lógico tanta prohibición.

Me intranquilizo. El móvil de Luisa está apagado. Hago una llamada externa pero en este momento la que atiende la centralita no pasa llamadas a las habitaciones.

Sólo deseo saber si Luisa está bien. Las noticias habrán acabado y estará en su habitación. Pregunto y pregunto pero nadie me informa.

Espero ansioso noticias tuyas. Seguro que pronto me dirá algo.

### ***En Urgencias, Hospital La Paz.***

Esta tarde ha tosido Luis Ángel. Ha sido penoso, estábamos intubando a un paciente y de pronto ha empezado con ruidos de garganta hasta que ha surgido la tos como un estallido incontenible. He dado un paso atrás, al enfermo se le ha salido el tubo que le estaba poniendo, también en medio de toses y broncoespasmos, los ojos como globos. Ha habido que esperar hasta que se calmara para recomenzar de nuevo. Todos mirábamos a Luis Ángel con preocupación, y algunos de forma acusatoria, mientras él juraba que no había podido contenerse ¿Estará infectado? Si él ha cogido algo yo también, siempre se las arregla para estar cerca, cualquier excusa es buena. Sé que está colado por mí, pero ya podía darse cuenta de que no me interesa lo más mínimo.

No me cae mal, no, todo lo contrario. Es divertido, buen compañero, pero eso es una cosa y otra distinta que te intereses por alguien. Y a mí me gustan los hombres más maduros, con cosas interesantes que decir, alguien a quien pueda admirar, y no un pipiolo que está saliendo ahora del cascarón. Para niños bastante tengo en casa con mi hermano. Tiene ya veinte años, está de Erasmus en Berlín, pero sigue tan infantil como cuando tenía doce, ¡Qué cansada estoy! Hoy con tantos enfermos estoy ya que ni me tengo de pie. A ver si se acaba la pesadilla, hoy parece que están vaciando las residencias y trayéndonos a todos los viejitos. Eso, los que no se llevan directamente al depósito, las noticias que nos llegan son cada vez más terribles.

## Arturo y Michelle.

¡Llegará pronto!, tengo muchos deseos de verla. ¿Por qué no podré convencerla de qué nos casemos..., o vivamos juntos, como jóvenes? ¿Acaso no lo somos? ¡Ay las francesas!... ¡Tan bellas y tan testarudas!... Me dice «El matrimonio es la tumba del amor». Lleva a la Beauvoir y a la Pompadour en su inconsciente. Y yo no la puedo convencer. Son muchos años en los que soy feliz en módicas cuotas. Quisiera verla al despertar. ¡Serías mi oración de la mañana..., y la de fin del día! Me pondré la corbata color vino..., con unicornios, en su honor. A Michelle le gusta que use gemelos, pero a mí nunca me agradaron..., ¡muy franceses, jajaja! Yo sólo soy francés contigo, *chérie*.

Oigo la llave de la puerta. Huelo su perfume. Los pasos resuenan en la tarima. Por fin contemplo su estilizada silueta acercándose a mi sillón con cara de niña traviesa, y los dos reímos sin saber por qué. Le desabrocho el botón de la blusa mientras le acaricio el pelo. Parece una gatita que ronronea.

- ¡Qué moreno y qué guapo estás! -me dice mientras nuestros ojos se saludan con ternura, con anhelo..., con amor.

- Ya sabes que me encanta lo de ligar bronce, -le respondo, sin darme cuenta que no entiende todos los giros.

- ¿*Que'est que c'est* ligar bronce?

- ¡Bah, nada, se trata de una frase hecha, un argot de Los Madriles! Pero siéntate cariño, estarás muy cansada con esos tacones de aguja.

Acaricio con suavidad su cuello largo de bailarina, siento su piel suave que me habla. Miro sus senos púberes cubiertos de pedrería.

- ¡Qué elegante te has puesto para reencontrarnos!

- Quería que me encontraras *gadiante*.

La beso. Me quedo mirándola con cara de panoli. Menos mal que no me ha oído la palabreja, si no ya me estaría preguntando *¿qu'est ce que c'est ça?* Voy a tener que empezar las clases de francés por Michelle. ¡A mi edad! Será un desafío, ¡no tengo más remedio!

Me observa y suelta la carcajada:

- Te has puesto la corbata color vino ¡vamos a emborracharnos! Ja, ja, ja.

¿Qué traerá en ese paquete?

- Por cierto, *cher*, he cerrado el restaurant con lo del dichoso virus, *jà la merde!* De todas formas, cocino en casa *pogque* la cocina es mi vida. Hoy cenaremos pato *à l'orange*, tu plato preferido. ¿Adivinas lo que hay aquí?— pregunta mostrándome el bolso.

- ¡Una botella de dom perignon! -declara radiante- La guardé como un tesoro, para una ocasión excepcional, y hoy lo es. Y además, *mon ami*, tengo que contarte muchas cosas. Ayer, en Barajas, conocí a tu hija.



- ¿Cómo?..., ¿cómo?

- Estuve a punto de caerme y ella quiso ayudarme. Cuando le regañé porque me iba a pasar el virus y dije que podría enfermar a mi Arturo, se sorprendió. Sin decírmelo supo que eras tú, *mon amour*. ¡Las mujeres lo percibimos todo!

Tengo un acceso de tos, siento que me falta aire, que me asfixio. Michu se asusta, pregunta si me siento bien, mientras asiento con la cabeza, ya pasado el ahogo.

Parece que está alegre, pero la veo preocupada. Se dispone a abrir *la champagne*, y se levanta va por copas. Le digo que creo que esta epidemia va a durar poco...

-¡Ay! Perdona -rectifico-, le dicen pandemia.

-Va a durar más que nosotros, *cagifño*.

Me encanta oírla hablar, sobre todo cuando pone los morritos como para pronunciar la u y luego pronuncia la i... Quiero pedirle que nos casemos, pero sé que ella prefiere vivir sola. ¡Está llena de misterio!

Me da las copas, el cristal refracta estrellitas azules y amarillas. Las burbujas suben jugueteando. Tengo que evitar que rebalsen. ¡Sería poco elegante!..., pero me siento débil. ¿Será el *jet lag*?...

- Arturo, está muy colorado, ¿no tendrás fiebre?

Me toca la frente y se levanta a por el termómetro. En sus ojos veo borrosamente pánico.

Espera dos minutos, Su rostro me da miedo.

- Tienes cuarenta grados. Ven, recuéstate.

¿Habré pescado el condenado virus? Sólo de imaginarlo tiemblo...

- *Allez, mon amour. Ven avec moi.*

Noto que me abraza con un mimo especial. Presiento que lo ve todo muy negro. Mi respiración a cada instante es más agitada. Agradezco sus cuidados entre jadeos, sus atenciones. Mis ojos enrojecidos se centran en su sonrisa, aunque los párpados van cayendo con tranquilidad infantil, dejando tan solo una abertura de esperanza .

La oigo como en un susurro cuando dice:

- Se ha dormido. Igual que un bebé relajado por la nana que le canta su madre.

Me deja un comprimido, un vaso de agua y una nota sobre la mesilla. Se aleja lentamente como un ángel. Duermo.

Al despertar está sentada a mi lado. Me sonrío con dulzura.

- *Cher, estagé contigo hasta que te cures. Me toma la mano y la besa.*

## ***En la Residencia (2)***

Me sobresalta el sonido del teléfono. Es Luisa. Por fin. Me cuenta que la han trasladado a la planta sexta. Como me aconseja, comienzo a subir por las escaleras, pero las enfermeras me detienen al llegar.

Ante mi insistencia me informan que, de momento, no es posible tener contacto con los residentes de esta planta. Es el lugar donde el equipo médico comienza a aislar a los ya infectados por el corona virus.

El impacto me produce una sudoración fría. Siento que me mareo. Despierto en mi habitación. Me están inyectando tranquilizantes. Me pesan los párpados. Se me cierran los ojos... Tengo que recuperarme. Luisa quiere que celebremos mi cumpleaños. Arena en los ojos....

Es en ese preciso instante cuando llaman a la puerta. Es ella.

--Venga, Pablo que te conozco. Lo mío no es nada. Y, en cambio, sé que tú llevas varios días con un jodido bajón, con esto de tu cumpleaños... Mira, cada minuto que estás deprimido son 60 segundos que pierdes de ser feliz. Vamos, arriba, Pablo. Ahora nos toca a nosotros. Sabes que eres mi residente preferido.

Nos dará tiempo para todo. ¿Dónde has dejado los audífonos? ¿Y las gafas? ¡Hijo mío, se te acumulan las prótesis proporcionalmente a los años que cumples!

Elegimos restaurante. Reservamos. Llegamos de la mano. Servilletas de hilo. Mantel blanco. Cristalería brillante. Cubertería reluciente. Vino en cubitera. De tonos pálidos con reflejos dorados. En nariz intenso, con predominio de notas frutales y aromas a flores blancas. Amable a la entrada, sedoso y perfumado. Temperatura ideal. Conversación grata e interesante. Ambiente relajado, sin humo, sin ruidos, sin agobios, sin prisas. Copas parcialmente llenas, siempre menos de la mitad. Servicio servicial pero no servil. Cena agradable. Cuenta ajustada. Breve paseo. Noche estrellada, luminosa. Parada llena de taxis.

### ***RIP Luis Ángel***

Anoche dormí mal, mejor dicho ni dormí y no creo que esta noche pueda conseguirlo. Los ojos se cerraban de puro agotamiento, pero algo bullía en mi interior, una inquietud creciente como un gusano que agujerea las entrañas de la tierra. Un par de veces desperté con la sensación de que alguien me llamaba, pero no podía identificar la petición de socorro, lo que aumentaba mi angustia. Y luego las ambulancias. Ese sonido que perfora los tímpanos anticipando desgracias. En el hospital ni me entero, es el sonido de fondo, pero al salir de allí me sobresalta. Siento deseos de huir, de esconderme, y aunque me ponga tapones, el pitido me persigue sin tregua. Eso es lo que ha ocurrido esta noche. Ahora me quedo a dormir en el apartamento de mi compañera Mary, que vive cerca de La Paz y que hace un turno distinto, así que ni nos vemos, pero de esta forma evito ir a casa y contagiar a mamá. El caso es que esta mañana entré a trabajar como una zombi. El día ha sido peor de lo que hubiera podido imaginar. Estaba vistiéndome de astronauta cuando me llamó la coordinadora.

-Beatriz, antes que nada acércate a ver al dr. Luis Ángel, está ingresado en la planta cinco, donde los sanitarios, y ha pedido verte. Date prisa, que ya iban a sedarlo.

Me quedé bloqueada. Así que era él quien me llamaba en sueños.

-¿Qué le pasa?- balbuceo. De sobra sé qué le pasa. Se ha contagiado, ya lo sospechaba.

-Desde hace días tenía febrícula y tos, y no dijo nada, no quería que le apartaran del servicio por lo mal que estamos, ya sabes lo generoso que es, pero ayer tarde le subió la fiebre y empezó a respirar mal. No ha habido otro remedio que ingresarlo . El pronóstico no es bueno, neumonía bilateral.

Salí corriendo escaleras arriba. Demasiadas camillas esperando el ascensor. En mi mente martilleaba su llamada de auxilio. Llegué jadeando y al borde del colapso. Pálida y hermosa, como la de una estatua yacente, su cara de niño desvalido se hundía sobre la almohada, mientras pululaban alrededor los compañeros manipulando tubos y otros artefactos de tortura. Al acercarme noté agitarse su respiración. Parpadeó con esfuerzo hasta que consiguió abrir los ojos y centrar en la mía su mirada febril. Pareció aliviado al reconocermme, no vi miedo, solo amor.

-Sabía que vendrías- dijo con voz inaudible-.Puede que no nos veamos más y quiero pedirte un favor, llama tú a mi madre.

Le entró como un ahogo y los compañeros me apartaron para ponerle el respirador, pero él les paró con la mano, quería decirme algo, así que me acerqué de nuevo.

-Te quiero, necesitaba decírtelo, hasta ahora he callado, pero debes saberlo - susurró esforzándose por articular cada sonido mientras le pinchaban para sedarlo. Me echaron de la sala para que no viera como trataban sin

contemplaciones su hermoso rostro hasta introducir los tubos en su garganta y conectarlo al oxígeno. Huí escaleras abajo, me quité la mascarilla aprovechando que nadie me veía y lloré hasta que no quedaron lágrimas.

Ya por la tarde, a punto de acabar la jornada me avisaron que subiera con urgencia. Corrí escaleras arriba pero llegué tarde: lo habían introducido en una bolsa y sólo pude ver como se cerraba la cremallera. La camilla fue empujada con diligencia fuera de la sala, como si acarreará un peso liviano, mientras las ambulancias sonaban en el exterior como chicharras enloquecidas.

Bajo lentamente las escaleras de las cinco plantas, inspiro, espiro, sin dificultad, parece mentira que esto sea para unos tan fácil y para otros resulte imposible. Inspiro, espiro, y no tengo prisa, ninguna prisa por llegar a ningún sitio, porque ya ha acabado la jornada, y tal vez no duerma pero no me importa nada. Lo que de verdad importa es dormir para siempre, el reposo en una bolsa con la cremallera subida, eso es lo que importa, no lo mío, pero claro, tendré que hablar con su madre ¿y cómo se lo digo a su madre?

## ***Últimas noticias, 31/03/2020***

Acabo de leer el *ABC*, en digital, por supuesto. A los kioskeros les va a ser jodido también recuperarse. Mi madre me insiste una y otra vez para que estudie y duerma bien. Joder, ¿hay alguien que pueda estudiar y dormir bien? Pero tiene razón, tengo que relajarme. Ya lo he hecho, ya no leo apenas artículos de *El Catoblepas*, me he cerrado las redes sociales por la nueva ley *orwelliana*, y con menos ruido el estudio resulta más fácil, aunque mi madre se pase el santo día hablando por teléfono y creyendo que puede salvar un mundo que rompió su matrimonio y que probablemente nos rompa muchas cosas más de las que ya nos está rompiendo.

El artículo de hoy saca una vez más a la luz el *Horror* que se venía ocultando una y otra vez. Una sociedad que se olvida de sus mayores es una sociedad que se olvida de su tradición. Y una sociedad que se olvida de su tradición es una sociedad que no tiene futuro. Olvidar la *muerte* es olvidarse de que el cuerpo es frágil, y de que somos finitos.

*Sin fármacos para sedar a pacientes intubados en las UCI.* Ya el titular es un golpe frío al corazón, pero además en la web se incluye un vídeo en la cabecera del artículo que es desolador. Las imágenes muestran a enfermos y sanitarios luchando como contra un huracán sin tener ninguna avioneta para poder escapar de él. El artículo habla de falta de recursos, se está eligiendo desde hace ya días quién vive y quién muere. Sabemos además que el gobierno se ha gastado más de 400 millones de euros en material mal comprado e inservible. Los que están



haciendo de héroes en lo que se repite constantemente que es una guerra, la más fría de las guerras frías, son los de siempre: los trabajadores al servicio de los incompetentes de turno. Pero la oposición no es peor. La oposición sigue erre que erre con su maniqueísmo guerracivilista en un país donde somos expertos en matarnos entre hermanos. Espero que cuando toda esta negra tormenta pase, al menos haya alguna dimisión por parte de unos y de otros.

Parece que nuestra ciudad sitiada es la que peor lo está pasando. Los que más han dado muestras de odio y de miserable resarcimiento son los de siempre, los racistas que se creen mejores que el resto. Ahora ya no se ríen tanto porque sus privilegiadas zonas ya lo están pasando muy mal, y aunque todavía no andan tan mal como nosotros, se están acercando mucho.

Mi esperanza, mi verde esperanza que también tiene el color violeta y el rojo carmesí, el rojo de la sangre de todas las buenas y malas personas que hemos perdido y que seguimos perdiendo, está en las miles de millones de fuerzas que sostienen el mundo. Por mucho que nos esclavicen y que nos lluevan mil y una plagas, por muchas pestes y virus que nos arrojen, somos más fuertes, porque estamos curtidos en las luchas que libramos por otros. Mi amor y mi esperanza son eternos, incluso para con mis enemigos, pues así lo ha querido mi tradición, y así lo han querido mis ancestros, sin los cuales mi vida sería imposible.

## Nieva

Nieva.

Nieva sobre la ciudad dormida, sobre las aceras sucias, sobre el fondo oscuro de edificios fantasmales , sobre nuestra ventana.

Nieva.

Los copos se han hartado de hacer paralelas y giran trazando círculos mientras son arrastrados por el viento en una danza infernal, hasta que se precipitan enloquecidos sobre la acera.

Nieva.

El cielo alarga sus manos enguantadas sobre el asfalto negro, extiende un sudario sobre las calles solitarias, sobre los coches fúnebres, sobre los hombres que cargan sin cesar fardos cerrados con cremallera.

Nieva.

Nieva sobre mi alma encogida, sobre los ojos sin lágrimas, sobre el libro cerrado que es ya tu vida, sobre la mía tan sola, sobre el mundo que se ahoga entre estertores.

Nieva.

Nieva sin tregua ni descanso. Los copos me hacen guiños cuando pasan frente a la ventana y algunos susurran ven. Y voy a entrar en su danza imparable, a competir en sus locas carreras, a deslizarme en la increíble orgía de una nevada sin fin. Nunca más seré un copo solitario.

**Beatriz.**

## La futura primavera

Hoy la sonrisa del viento suave, besa mi cara,  
anuncia la primavera y una nube pasajera  
deja la tierra mojada, y el color de la vereda se tiñe de verde y plata.

La caricia, la ternura, vuelven los abrazos tiernos,  
atrás quedo la amargura, la sin razón, el silencio  
de almas atormentadas, de caminares inciertos,  
y de sombras que vagaban presas de dolor y miedo,  
sin libertad por la cárcel de sus paredes y techos,  
con las calles desoladas, con una ciudad sitiada,  
pájaros cruzando el cielo, recordándonos que hay vida con sus alegres gorjeos.

La tristeza y la alegría hoy caminan enlazadas,  
más me cuesta sonreír, recordando tantos dramas,  
porque el germen silencioso con virulencia atacaba.  
El dolor de las ausencias y sus sollozos ahogados,  
con el dolor de la gente hay que seguir caminando.  
Respiro, que no halla sombras que apaguen este sendero,  
la vida se abre de nuevo, y el dolor se va sellando.  
Con el rosa de mi tela y el verde de la esperanza,  
hoy llega la primavera, y un devenir de alegría será la nueva alianza.

**Marisa.**

Todo aquel tiempo fue como un largo sueño. La ciudad estaba llena de dormidos despiertos que no escapaban realmente a su suerte sino esas pocas veces en que, por la noche, su herida, en apariencia cerrada, se abría bruscamente. Y despertados por ella con un sobresalto, tanteaban con una especie de distracción sus labios irritados, volviendo a encontrar en un relámpago su sufrimiento, súbitamente rejuvenecido, y, con él, el rostro acongojado de su amor. Por la mañana volvían a la plaga, esto es, a la rutina.

*La Peste, Albert Camus*

